

HABITAT COLOMBIANO

Por: DARIO SUESCUN GOMEZ

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Número 111, Volumen 31
1977*

Colombia uno de los pocos territorios verdes de la tierra

En la imposibilidad de abarcar en un artículo periodístico todas las características naturales en que el Homo Sapiens colombiano ha venido ocupando y transformando su nicho territorial para cumplir su función vivencial desde la prehistoria, cuando se acomodaba a las condiciones naturales de la geomorfología lentamente cambiante, al clima cíclicamente regularizado por la naturaleza misma, a las condiciones imperantes en la parte de litosfera, hidrosfera, atmósfera y biosfera que le correspondió dentro de la zona tropical terrestre, hasta los tiempos actuales en donde el desbordamiento demográfico lo ha impedido a cambiar artificialmente el medio ambiente para buscar su modus vivendi y su destino antropológico, para bien o para mal, acorde a su idiosincrasia y su grado de culturización, tenemos que limitarnos a una visión muy general del habitat en estas ciento catorce (114), millones de hectáreas que delimitan el pequeño espacio territorial que llamamos Colombia y sobre el cual habremos de construir un futuro digno, amable y mejor si una educación y una disciplina social positivas nos permite lograrlo, o legaremos a las próximas generaciones unas tierras infecundas, deterioradas, estérilmente irreversibles, con hacinamientos humanos contaminados física y espiritualmente a un grado casi de antropofagia social si no nos detenemos un instante, en la historia contemporánea, para reflexionar sobre lo que todavía poseemos como valores y lo que hemos destruido alocadamente.

Lo anterior es el sentido, muy restringido por cierto, que deseamos plantear en esta ocasión a la conciencia de los colombianos para meditar sobre el accionar futuro y sus consecuencias.

Colombia País Verde y Bicostanero.

Si miramos desprevenidamente el mapamundi nos encontramos con inmensas extensiones blancas, en el ártico y la antártica, donde inconmensurables volúmenes de agua sólida cubren como residuos de la última glaciación terrestre, continentes que en tiempos geológicos remotos fueron habitat de flora y fauna exuberante como se comprueba con los carbones y las impresiones fósiles de organismos animales en los substratos de sedimentos en estas latitudes. Aledañas a estas dilatadas zonas blancas se extienden grandes áreas de tundras donde la humanidad aún no ha podido civilizarlas con todo y la tecnología actual de que hace gala. Al otro extremo es decir donde la carencia de agua es casi total, muy grandes territorios secos muestran una faz amarilla,

inhabitable e improductiva en el inmenso Sahara, en las dos terceras partes de Australia, en la faja Pacífica desde el norte del Perú hasta muy al sur de Chile, en el Oriente medio y el Asia Central donde Arabia, sur de Rusia, norte de China y Mongolia son ejemplos clásicos, y en América del Norte incluyendo a México, los Estados de Nevada, Utah, Arizona y Sonora no se escapan a esta clasificación. Conviviendo con semejantes ambientes telúricos no domeñados por el hombre, Colombia hace parte de los pocos países privilegiados que aún son verdes, donde las lluvias dosificadas óptima y periódicamente saturan el subsuelo para sustentar bosques que permitan oxigenar el planeta y evitar el desequilibrio atmosférico que viene creando la producción incontrolada de anhídrido carbónico por los procesos industriales, y los pastos todavía no se agotan irremediablemente hasta el grado de agotamiento o carencia total para el pastoreo de la proteína animal.

Sin embargo, aún siendo Colombia uno de los pocos territorios verdes de la Tierra no toda el área que nos correspondió en el reparto comunitario internacional es apta para un hábitat económicamente explotable en su totalidad, como podemos comprobarlo enseguida, máxime que en lugar de crear una tendencia para acondicionarla y mejorarla continuamos destruyéndola casi hasta su aniquilamiento progresivo irreductible.

Y seguimos miopes e introvertidos limitando el accionar de montañas adentro cuando estamos enmarcados por 2.900 kilómetros de costas sobre dos océanos con dilatadas plataformas submarinas ricas en placton, fauna y recursos minerales, que nos van a obligar a dar media vuelta hacia el resto del mundo para construir nuevos puertos capaces de recibir las gigantescas naves modernas, vías de acceso con especificaciones adecuadas, infraestructura portuaria suficiente para manipular grandes volúmenes, de productos exportables terminados, y descentralizar una minúscula economía mediterránea extravertiéndola crecida hacia su real y verdadera vocación periférica.

Visión Geomorfológica Colombiana.

Una conformación sui-géneris de la orogenia andina, que se digita en tres amplias cordilleras de alturas promedias habitablemente productivas, con sus respectivos valandinos, hacen de Colombia un habitat territorial excepcional para sus 24 millones de habitantes de hoy y los 50 millones que seremos en el muy próximo año 2.000, si manejamos las cosas con una directriz prospectiva racional.

En primer lugar, desde el punto de vista de los pisos térmicos, somos un país cálido y llano ya que 824.000 kilómetros cuadrados son tierras relativamente planas contra 316.000 kilómetros cuadrados de montañas subdivididas en 130.000 para la Cordillera Oriental, 110.000 para la Cordillera Central y 76.000 para la Cordillera Occidental; en otras palabras, poseemos 84 % de tierras con alturas inferiores a los 1.000 metros sobre el nivel del mar y temperaturas superiores a los 24 grados centígrados; un 8 % de suelos comprendidos entre los 1.000 y los 2.000 metros de altura, equivalentes a 90.000 kilómetros cuadrados y que corresponde a la zona bioclimática donde se desarrolla el café lo cual, de paso, nos permite recalcar que el cinturón cafetero nuestro tiene un limitante bastante estrecho ya que su expansión no sólo está constreñida a este bioclima sino que su área disminuye mucho para dicho cultivo en función de la calidad de los suelos generados por una infinidad de rocas infrayacentes no todas con aptitud cafetera; un 60/0 de tierras frías, entre 2.000 y 3.000 metros de altura para temperaturas medias entre 12 y 17 grados, y un 2 % de tierras paramunas situadas en costas superiores a los 3.000 metros.

Colombia presenta características de aptitud para el Habitat en variadas condiciones que vamos a resumir así: Aptitud del suelo y el subsuelo para asentamientos humanos, Y aptitud para generar recursos naturales energéticos, renovables y no renovables, a los cuales nos referiremos

inmediatamente, en forma sucinta, para dar una idea de lo que hemos hecho y lo que debiéramos ejecutar.

En cuanto a la aptitud para asentamientos humanos, aunque nos hemos desarrollado más armónicamente que el resto de países latinoamericanos ya que en verdad somos "un país de ciudades" en lugar de un país macrocéfalo, no hemos planeado, con criterio prospectivo, los procesos de urbanización dejándolos crecer desordenadamente por falta de tradición planificadora porque apenas en los últimos veinte (20) años hemos empezado a ensayar sistemas racionales para el habitat urbano y este retardo ha traído como consecuencias el abandono del núcleo rural y la célula municipal para complicarnos el manejo de grandes concentraciones ciudadinas desordenadas y contaminadas.

Son tantos los problemas, las causas y los efectos negativos de este deterioro rural que preferimos dejar a otros autores el análisis, el diagnóstico, el pronóstico y las soluciones, para poder ampliar un poco en este artículo lo referente al hábitat físico.

La aptitud para generar productos agropecuarios no es tan óptima como creemos pues solamente un diez y seis por ciento (16%) del territorio puede considerarse fértil en áreas tales como el valle geográfico del río Cauca entre Timba y Cartago, el glacis del Quindío, la Sabana de Bogotá y el Occidente montañoso de Cundinamarca, el norte del valle del río saldaña y la margen izquierda del Magdalena en el Tolima, la vertiente occidental de la Cordillera Oriental en Santander, el arco de círculo irrigado por los ríos Cesar y Ariguaní alrededor de la Sierra Nevada de Santa Marta, la faja de cincuenta (50) kilómetros de ancha en el piedemonte de los Llanos Orientales, y algunas relativamente pequeñas regiones del Sinú, Codazzi, Tierradentro, Dibulia y Arauca. En contraste con esta baja disponibilidad de tierras fértiles poseemos treinta y ocho por ciento (38%) de Suelos Medios que coinciden con las tierras ocupadas por el minifundio y el latifundio en la zona andina, intensivamente explotada por casi cinco siglos continuos en condiciones absurdas ya que no se aplican ni técnicas conservativas ni fertilizantes y correctores de acidez en cantidades suficientes, se permite ganadería extensiva en áreas tractoréales y se obliga al campesino a refugiarse en las laderas erosionables. Para completar el marco de carencia de tierras utilizables, un cuarenta y seis por ciento (46%) del país corresponde a Suelos Pobres o sean aquellas regiones desérticas de La Guajira y del sur del Tolima, Norte del Huila en el valle alto del Magdalena, la zona de suelos no formados, inundables, de los valles bajos del Cauca y el Magdalena, las partes cenagosas del Valle del Atrato tanto en el área selvática como en la desértica ya intensamente talada y anegada por la elevación del nivel freático la mayor parte de los Llanos Orientales al norte del río Meta, y las extensas superficies taladas en zonas quebradas y afectadas por erosión grave en Santander, Antioquia, Boyacá, Cauca y Nariño, principalmente.

La aptitud forestal del país es, por naturaleza primigenia, óptima si miramos retrospectivamente a la gran porción de la Hylea Amazónica que nos correspondió, a la extensa selva húmeda del Chocó, al excepcionalmente positivo cinturón del mangle en la Costa Pacífica, a las regiones bioclimáticas especiales del valle medio del Magdalena y del Catatumbo, a lo que fue el cinturón de la guadua. Para infortunio, del cincuenta y siete por ciento (57%) del bosque primario que todavía poseíamos en 1960, cada día aceleramos más el descenso hacia lateralización improductiva de los suelos por la tala incontrolada de esta riqueza maderable y celulósica pretérita que ha sido dada en concesión de millones de hectáreas a compañías extranjeras que solo nos dejan desolación después del saqueo.

Muchas son las obras, costosas en verdad, que se requieren planificar y ejecutar para mejorar el habitat agropecuario colombiano Y prioritariamente se podrían indicar: drenajes e irrigaciones, control de los desbordamientos de los ríos mayores, reforestación intensiva de cuencas

hidrográficas, vigilancia adecuada para evitar quemas y explotación agrícola y ganadera en pendientes mayores de treinta y cinco grados (35°) o sea el ángulo crítico del reposo de los materiales terrosos, obligación de cultivar en curvas de nivel, popularizar a costos adquiribles por el campesino la cal agrícola y los fertilizantes que ya puede producir el país porque dispone de roca fosfórica, ácido sulfúrico, sales de amonio y calcáreos.

En cuanto a la aptitud energética del país, en verdad que es privilegiada potencialmente pero, hoy por hoy existe tal carencia de estudios prospectivos, de planeación y de exploración que si no se encaran de inmediato, aun en el sector hidroeléctrico en el cual se está un poco más avanzado en este aspecto, nos vamos a ver paralizados totalmente en 1980, en medio de una riqueza de energía que continuaría en el sopor de un letargo inconcebible. Siendo Colombia el octavo país del mundo en potencial hidroeléctrico con cincuenta (50) millones de kilovatios detectados, no hemos alcanzado siquiera los cuatro (4) millones instalados y la demanda, que para el año 2.000 coparía la totalidad de este recurso implica a precios de hoy, una inversión de catorce mil pesos (\$ 14.000) por cada kilovatio instalado y apenas faltan 24 años para terminar el siglo! Somos el país latinoamericano más rico en carbones fósiles, sustancia de la cual se derivarán los combustibles dentro de menos de diez años, y ni siquiera tenemos probadas el diez por ciento (10%) de las reservas; aún más, grandes cuencas carboníferas en la zona noroccidental del país ni por asomo tienen reconocimiento ecológico preliminar. Poseemos yacimientos económicamente explotables de Uranio y Torio y no hay un solo prospecto preliminar de algún yacimiento. Geoestadísticamente queda en el subsuelo continental nuestro un potencial de cuatro mil (4.000) millones de barriles de petróleo que podrían descubrirse con la perforación de mil (1.000) pozos exploratorios en diez años y apenas vamos a iniciar un "programita" de treinta y ocho (38) de ellos. Parece que se nos olvidó que, de los dos mil seiscientos millones de barriles de petróleo que alcanzamos a descubrir entre 1921 y 1975, nos saquearon mil quinientos (1.500) millones, nos dejaron refinar y consumir internamente quinientos (500) millones, y el resto quedó en campos en declinación que no auto abastecen el consumo nacional, obligándonos a importar crudos. Y conste que no detallamos aquí el total derecho que nos asiste al gran yacimiento submarino en litigio con Venezuela en la plataforma continental guajira, por sobre la latitud del paralelo de Castilletes y dentro de la línea media colombiana, y lo que es más notorio, gran parte del yacimiento está dentro de nuestras aguas territoriales de las quince (15) millas.

A todos los colombianos nos compete dar ideas para mejorar el habitat y así el Gobierno, que es la cabeza visible del pueblo mismo puesto que somos una democracia viva y real, disponga cuanto antes de los medios e instrumentos bajo su poder de decisión y ponga la línea: Ordenador-Planificador- Financiadorejecutor en función inmediata de un futuro insatisfecho.

